

Testigo de encargo

En un corto periodo de tiempo, la obra del escritor Pablo Antoñana (1927-2009) ha sido noticia, al publicarse, por un lado, el ensayo de Miguel Sánchez-Ostiz sobre el autor navarro (*Lectura de Pablo Antoñana*), así como la primera edición en euskera de una de las novelas capitales de la narrativa de Antoñana, *Pequeña crónica*, traducida al euskera por Luis Mari Larrañaga. Se extiende así en el tiempo la memoria de uno de nuestros más notables, o sobresalientes, escritores contemporáneos, que falleció en agosto de 2009. Todo esto, mientras se espera una reedición de su libro *Tierraestella* (1996), hermosa crónica de estampas de sitios, lugares, paisajes, pueblos, gentes, oficios, miradas y horizontes, en donde el escritor dispuso, ideó, construyó y cimentó el territorio moral donde discurriría su acontecer intelectual y vital: la República de Iloar.

Una crónica grande

La crónica de las ediciones en euskera de Pablo Antoñana se reduce a tres momentos, pero que fueron especiales para el escritor, quien los vivió con emoción y gratitud para sus promotores. La primera traducción de un cuento de Antoñana al euskera, lengua que aprendió con no menos amor a su tierra y a la memoria de sus mayores, tuvo lugar en 1996, año en el que Pablo Antoñana recibe el Premio Príncipe de Viana, que tiene el título del pueblo en el que el escritor nació, con el añadido de que su madre, Blanca Chasco, le naciera en la casa donde le ocurrió algo semejante a Francisco Navarro Villoslada. En el eco de aquellas paredes, techos y memoria el futuro escritor oyó, intuyó, aprendió y asimiló leyendas y cuentos de verdad, que alentaron su construcción del mundo.

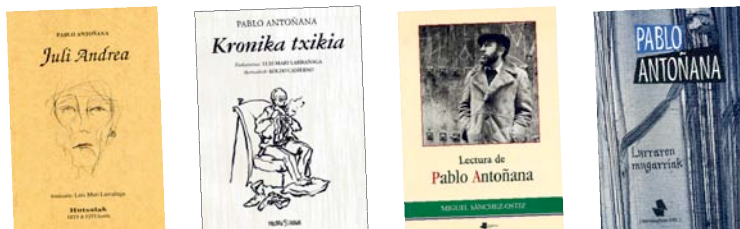
Bien: el primer libro en euskera de Antoñana es *Juli Andrea* (Hutsalak, Zumárraga-Urretxu, 1996), que es la versión que Luis Mari Larrañaga hizo de su relato *La señora Juli*, publicado en original en el libro *La vieja dama y otros desvaríos*. Esa primera edición en euskera apareció con el empeño de los chicos de la banda Hits & Fits, cuya cabeza más sobresaliente, por su altura y hondura, era la José Luis Padrón. Esta banda hizo por entonces unas jornadas sobre Antoñana en Zumárraga y el escritor vino y pronunció una de sus conferencias, a modo de testamento, que no eran conferencias, sino brotes de una manera de vivir, porque Antoñana hablaba igual, estuviera en el salón de su casa de la plaza San Francisco, o en el púlpito de la basílica de San Gregorio Ostiense de Sorlada, donde también predicó civilmente, o en la tribuna de la Universidad del País Vasco, donde dio un curso de doctorado, o en la taberna de Engracio, o en un bar de la calle Mayor de Estella, según se baja de Muri, o en las columnas de los periódicos en los que escribió. Hablaba como si no le oyera nadie, sin esconderse, sin artificio, sin mentir, sin trampa.

Pablo Antoñana, libertad sin cargos

Aparece un nuevo ensayo de Miguel Sánchez-Ostiz sobre el escritor navarro



Goio Monreal, Antoñana y Maraña en la Universidad de Oñate, en 1992



La funesta manía de pensar

Y es que Pablo Antoñana no distinguía entre realidad y vida, y por eso se expresaba así, y por eso hizo una obra tan maravillosa, y por eso Pablo Antoñana Chasco termina, afortunadamente, tan mala fama: no hacía genuflexiones, ni rendía el ceño, ni sonreía falsamente, ni cedió nunca ante los halagos del poder, es decir, un currículum limpiísimo. Así se entiende mejor aquel pronunciamiento suyo: "Atacado por la funesta manía de pensar, mi estado original es salvaje. Estoy sujeto a doma y domesticación, como cualquiera de ustedes pero, si mis domadores y domesticadores dicen verdad y son sinceros, han de reconocer su falta de eficacia".

Y *Juli Andrea*, que vino ilustrado con dibujos de Concetta Probanza, tuvo su continuidad en otro libro, *Lurram mugarrak* (Birmingham, 2001), donde se recoge una colección de seis cuentos de Antoñana, traducidos al euskera por José Luis Padrón Plazaola. El libro se publicó con motivo de unas jornadas que el centro cultural Koldo Mitxelena de San Sebastián dedicó en ese mismo año al escritor, jornadas que llevaban por título, *Pablo Antoñana*,

libertad sin cargos. En ellas intervinieron, además del novelista, Miguel Sánchez-Ostiz, Carlos Aurenz, José Luis Padrón, Patxi Santamaría y quien esto escribe. Al terminar mi conferencia, *La vida y otros inconvenientes*, uno que concurría allí, extrañado que alguien dijera algo hermoso sobre

1975, recién enterrado el otro. Para Antoñana, la publicación de su novela, como parte de una revista promovida en San Sebastián por escritores amigos, supuso un gran aliento, tras un largo silencio editorial. Posteriormente, haría otras ediciones de dicha novela la editorial Pamiela. Cuando

"Escribir es soñar y soñar es vivir, vivir de otra manera, solo, en silencio y en soledad"

alguien, por amor, tuvo el atrevimiento de preguntarle a Elvira Sáinz: "¿A este le habréis pagado, no?". Y no era una broma. Canté entonces, en público, algunas de las canciones de las guerras carlistas, que aprendimos de la boca de Antoñana en las mejores horas de recreo en su molino, o en los campos de Cameros, donde Pablo tenía el empeño de ordenar a las cabras, y hay fotos.

Pequeña crónica tal vez fuera la novela más querida de Antoñana. Sin duda, lo fue. El escritor se la dedica a su madre en la edición que publicamos en *Kurpil*, en

fuiamos a recoger el atillo, que Antoñana nos enviaba por el chófer de la Estrella, a la calle de José María Salaverria, en San Sebastián, en cuyo cofre, atado a la manera con que en el mundo rural se encuaderna todo aquello que tiene de verdad importancia, creíamos asistir a algo mágico y velador, algo que, sin ser nada aparentemente llamativo, contenía un halo de misterio. Un escritor extraño, muy extraño, nos enviaba un hatillo —con hache y sin hache— lleno de misterio, que es lo que alienta y desprende la propia literatura cuando es literatura.

Y aparece ahora, decimos, la edición en euskera, de cuya existencia supo el autor, lógicamente, porque lleva años traducida por el citado Luis Mari Larrañaga. *Kronika Txikia* (Pamela-Lagunak, Zumárraga, 2010) se edita con la aportación entusiasta de parte de aquellos jóvenes que anduvieron en la banda de Hits & Fits, entre otros Iñaki Bastarrika, entusiasta, sí, de Antoñana donde los haya, y unos dibujos de Andoni Cadierino.

El rastro del jinete solitario

Pero, para todos los citados, como para otras gentes, el hecho de contar con la obra, la amistad, la lealtad en el tiempo de Pablo Antoñana era pago suficiente. Ese agradecimiento se recoge también en el ensayo que Miguel Sánchez-Ostiz le ha dedicado ahora, *Lectura de Pablo Antoñana* (Pamiela, 2010), cuyo propósito, y acierto, se refrenda en estas sus palabras: "Me daría por satisfecho si estas páginas sirvieran para que alguien que no conozca la obra de Pablo Antoñana se acercara a alguna de sus páginas, se dejara seducir por ellas y sintiera la emoción que procura el asomarse a un mundo literario nuevo y singular en cuya construcción el escritor trabajó toda su vida, entre más sombras que luces, ya fuera en el mítico territorio la República de Iloar por él fundado, en el que vivió exiliado junto a sus apaleadas criaturas, o lejos de ella, en geografías imaginarias, tras los pasos de gentes unidas por la derrota. Estoy convencido de que la puerta del encantamiento de la obra de Pablo Antoñana sigue, por el momento, abierta".

En ensayo de Sánchez-Ostiz es, sí, una invitación a la obra de Antoñana, y enlaza con los estudios, apuntes, crónicas y análisis que de su obra han hecho Tomás Yerro, Antonio Muro, Rafael Castellano y otros, porque la obra de Antoñana, a quien le viene en suerte, le provoca y procura fervor por la palabra, y curiosidad por la esencia de la literatura, la construcción del misterio, el misterio mismo, el encanto, el sueño. Como fronspecto de la edición de *Kronika Txikia* se cita precisamente una frase de Antoñana, que bien puede resumir su trayecto intelectual: "Escribir es soñar y soñar es vivir, vivir de otra manera, solo, en silencio y en soledad". Claro está que, como el mismo Antoñana escribió, "quien sabe estar solo nunca está solo". Por eso nosotros no estamos solos: su memoria, su obra y aquellas cejas abultadas no acompañarían el resto de los días. Hermosa compañía.

Félix Maraña